

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1587

Valores y giros a A. Barrera

Teoría y práctica del movimiento obrero

En una serie de artículos publicados en estas mismas columnas y por espacio de varios meses, el compañero Luis Fabbri esbozó lo que bien podríamos llamar la vieja teoría del sindicalismo. Al teorizar sobre cuestiones que tienen atinencia con el movimiento obrero, aun cuando haya buscado en las ideas un punto de cohesión para explicar el objetivo que los anarquistas perseguimos en los sindicatos, el citado camarada no salió del concepto generalizado por los teóricos sindicalistas. Y es esa sujeción al hecho económico, esa carencia de espíritu crítico para juzgar los hechos que guardan relaciones íntimas con la llamada lucha de clases, la que nos llevó a aquella conclusión formulada al comentar el último artículo de la serie que Fabbri dedicó al movimiento obrero.

Dijimos entonces, y las señalamos con opiniones emitidas por el mismo interesado, que Luis Fabbri, habiendo incurrido en varias contradicciones, imperdonables en un hombre de su cultura y de sus conocimientos del movimiento social. Claro está que es difícil hacer notar esas contradicciones al mismo Fabbri, ya que además de estar convencido de que expone opiniones personales sobre el sindicalismo no está colocado en un terreno que le permita apreciar el valor de un movimiento anarquista identificado con la acción gremial de los trabajadores, como nos sucede a los que militamos en este país.

Para Fabbri son reales todas las preocupaciones del sindicalismo y constituyen por lo mismo una sólida base de actividad revolucionaria. Como saca conclusiones de esa realidad y opina de acuerdo con el concepto corriente, cuando teoriza lo hace ciñéndose a las exigencias de la lucha económica y a los intereses inmediatos del proletariado. Y sucede que, después de conceder una importancia capital a las ideas en el campo indeterminado de la propaganda popular — o como expresión de actividades puramente políticas — las subordina a los imperativos de la lucha de clases y las empequeñece al oponer a ellas conceptos puramente materialistas. ¿Qué otra cosa significa esa defensa de la unidad obrera, del neutralismo sindical y de las viejas fórmulas prescindentes que entregaron el movimiento obrero a los peores elementos de la política y a los oportunistas dedicados a la pesca de un jefe?

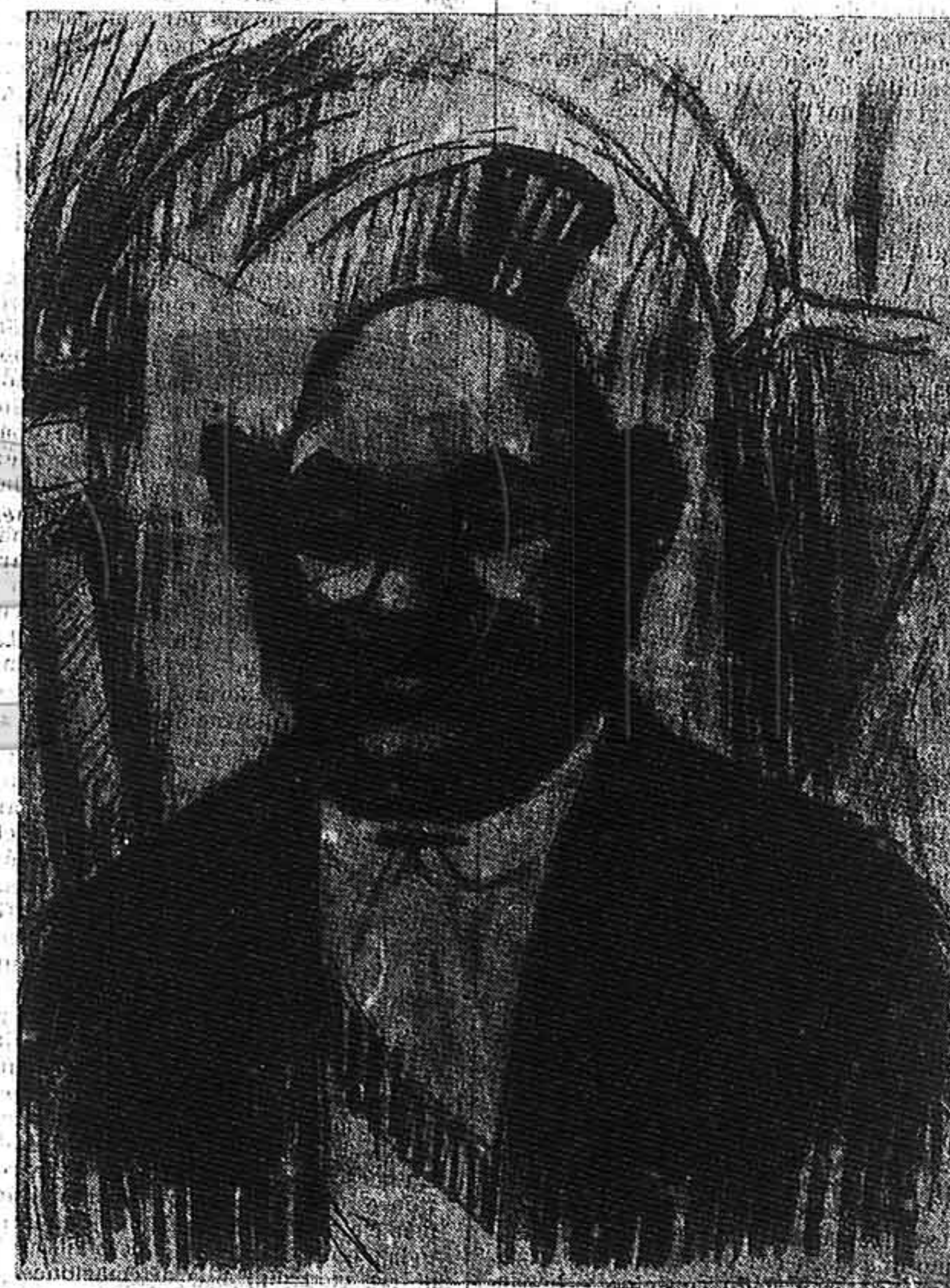
Las contradicciones por nosotros señaladas son reales, al menos desde el punto de vista de nuestro movi-

miento ideológico y gremial. Para comprenderlas, para llegar a un autoanálisis de esas teorías que contradicen el espíritu del anarquismo en cuanto se ciñen a la realidad de la lucha social, Fabbri necesitaría colocarse en un terreno propicio a las experiencias que ofrece el anarquismo de la Argentina. Y esto no quiere decir que aquí poseamos la fórmula integral y el unguento milagroso que habrá de curar los males del mundo; significa simplemente

razones aducidas por Fabbri en defensa de esa vieja concepción del sindicalismo?

Nosotros no ocultamos nuestra divergencia de opiniones, al menos en lo que respecta a la concepción del sindicalismo, con la mayoría de los compañeros que militan en el anarquismo europeo. Y porque discutimos los puntos que nos puedan separar en la táctica del movimiento obrero, hemos puntualizado la tesis sostenida por el camarada Fabbri,

Viendo el desfile



—No hay duda; si los pueblos tienen el gobierno que se merecen ¡qué gran pueblo es el mío!

te que podemos oponer a los teóricos del sindicalismo puro la práctica de un movimiento sindical coordinante con el espíritu y la acción anarquistas.

Si por oposición al marxismo y a las tendencias autoritarias que reclaman el poder para los sindicatos, pero comienzan por subordinarlos a sus concepciones políticas, hemos llegado a plantear la lucha ideológica en el terreno gremial, y si nuestra actividad está permanentemente en divergencia con los politicantes de la unidad obrera y del neutralismo, ¿podríamos aceptar como buenas las

principalmente en lo que concierne a su concepto de la unidad obrera y del neutralismo ideológico y político de los sindicatos.

Para señalar, punto por punto, las contradicciones que nosotros vimos en los artículos del compañero Fabbri, sería necesario comenzar nuevamente la polémica apenas esbozada al puntualizar nosotros ciertas opiniones que favorecían, al menos en este país, a los sindicalistas y reformistas del marxismo. Pero esa labor no nos es posible hoy, siendo por otra parte inútil emprender una discusión que pierde todo interés por

el tiempo que llevaría en dilucidarla y el largo espacio que separaría una réplica de otra. Eso, naturalmente, no quita que recomendemos a los lectores lean detenidamente la serie de artículos citados, como también las objeciones hechas por nosotros, para así llegar, cada compañero por su parte y en la medida de su capacidad, a la conclusión que más de acuerdo esté con sus opiniones sobre el movimiento obrero y la acción de los anarquistas en el terreno económico.

Por nuestra parte, estamos persuadidos de que existe contradicción entre la teoría sindicalista que sostiene Fabbri y la práctica del movimiento obrero europeo. Y no es sólo este camarada el que, creyendo renovar las energías del proletariado y orientarlas por el camino recto de la revolución social, repite los viejos errores del neutralismo sindicalista y se coloca en la posición negativa de los defensores del anarquismo político... y prescindente en las cuestiones sindicales. Como Fabbri opinan la mayoría de los anarquistas europeos, no sólo los que como él están alejados del movimiento obrero o mantienen apenas un débil contacto espiritual, sino también los que dedican sus mejores energías y entusiasmos a la organización del proletariado.

Hemos dicho y repetido que no estamos de acuerdo con esa política sindical de los compañeros de Europa. Sostuvimos en repetidas ocasiones que eran una mentira las declaraciones de neutralidad ideológica y política, los frentes únicos, las alianzas transitorias o permanentes entre los sectores antagónicos del proletariado. Y decimos hoy que es un vicio marxista, una simulación política que encubre segundas intenciones, rehuir la discusión de ideas, al antagonismo de opiniones, al choque de ideologías que no se avienen a la obligada convivencia del sindicalismo, por aquello de que los obreros deben luchar contra el enemigo común y no malograr sus fuerzas en polémicas doctrinarias.

Es un error el error de origen del sindicalismo que se basta a sí mismo... o que proclama todo el poder para los sindicatos... suponer que los trabajadores, sin distinción de opiniones, de ideas y de cultura, tienen en el capitalismo, considerado como la expresión económica del dominio de una clase — su común enemigo. ¿Acaso ocupan la misma situación, frente a ese enemigo natural, todos los explotados y tiranizados por el régimen capitalista? ¿Representan las mismas funciones, para el progreso de la humanidad y la libertad de los pueblos, los polizontes, esbirros, funcionarios burocráticos y demás asalariados del Estado, y los obreros que se organizan para combatir las institucio-

Sobre las causas de la "derrota del anarquismo" en la revolución rusa

ciones sociales que tienen en aquellos su punto de apoyo y defensa? Pero, aún en el concepto general del proletariado, considerando como tal al que sufre directamente la explotación burguesa, ¿es posible encontrar el punto de coordinación en esos supuestos intereses comunes? ¿Son comunes las aspiraciones del indiferente y del activo, del reformista y del revolucionario, del socialista y del anarquista? En el momento de plantearse un conflicto con el patrón, ¿no queda bien de manifiesto la divergencia de opiniones, no sólo en la táctica a emplear contra el común explotador, sino también en la forma de vengar una ofensa inferida a todos o de reivindicar un derecho que pertenece a toda la comunidad?

La realidad del movimiento obrero es esa. De ahí que los teorizantes de un sindicalismo que no existe como conclusión de actividades y sí como hipótesis que contradice el espíritu de las cosas y la condición natural de los hombres, se empeñen en forjarse la ilusión de que es posible, transigiendo con unos y tolerando a otros, llegar a la unidad de acción del proletariado y establecer en los sindicatos un campo neutral donde puedan convivir todas las tendencias del socialismo.

Esa opinión, aún cuando involucra cuestiones de orden puramente teórico, constituye un error de doctrina. Si se confía a la unidad de clase y a la neutralidad de los sindicatos como instrumentos de acción económica, el logro de propósitos revolucionarios, ¿no se niega lo esencial del anarquismo y se subordina las ideas a las imposiciones del desarrollo industrial de las naciones? El concepto clasista de la unidad obrera no cabe en el anarquismo: es una de las tantas añagazas del social-reformismo y la expresión más acabada del llamado materialismo histórico. ¿Y no podemos calificar de marxistas esas opiniones de un compañero que, como crítico del socialismo de Estado ocupa una posición intransigente y como teórico del sindicalismo acepta las peores fórmulas del reformismo?

No calificamos de marxista al compañero Fabbri. Solo constatamos su aceptación de ciertas "experiencias" del marxismo cuando trata problemas gremiales y teoriza sobre el sindicalismo en sus relaciones con la propaganda anarquista.

Y esa constatación nos ha llevado a puntualizar su artículo polémico aparecido en el número anterior del SUPLEMENTO, en el que Fabbri parece obsesionado con la idea de un calificativo que considera como un insulto: ¿marxista!

¡Ahí, pero el marxismo no está solo contenido en las formas clásicas de la política electoral!

Lo mismo que en todas las revoluciones anteriores, aunque bajo una forma nueva y original, la revolución rusa se ha extraviado en un canal político bajo la inspiración de un partido y se ha vuelto hasta ahora una revolución política y autoritaria. Tal es su hecho saliente que parece, a los ojos de muchos al menos, una "derrota momentánea" del anarquismo y, por consiguiente, desde el punto de vista anarquista, su propia derrota en tanto que revolución social.

Este hecho promueve indiscutiblemente dos cuestiones: primera, ¿por qué no se ha realizado la idea anarquista en la revolución de 1917?; segunda: qué condiciones objetivas y subjetivas son necesarias para que esa idea sea realizada alguna vez?

Es cierto que las primeras tentativas para analizar estas cuestiones a fondo, para dar una respuesta persuasiva y sobre todo, en tanto que posible, completa, no llevan a una serie de problemas sociológicos, económicos y otros más hondos, que es imposible agotar en un pequeño artículo, pero que tendrán su puesto (Tales, por ejemplo: la base real del anarquismo y la posibilidad de su realización en general; el rol de diversos factores en la historia y la revolución; las masas y su rol, etc.).

No abordaremos ahora esas cuestiones profundas. No nos detendremos más que sobre algunas circunstancias inmediatas y concretas sobre las cuales quisiéramos atraer la atención del lector sin tardar más.

No estoy de ningún modo de acuerdo con los camaradas que consideran que una cierta vaguedad y una cierta abstracción de las ideas anarquistas, así, la ausencia en el anarquismo de un programa práctico preciso del mañana — es decir de una respuesta clara y concreta a la pregunta "¿Qué hacer?" — son razones principales de la no realización de la idea anarquista (o como se dice habitualmente de la "derrota" del anarquismo) en la revolución rusa, lo mismo que la desorganización y la pulverización de las fuerzas, la ausencia de una propaganda seriamente organizada, la falta de lazos sólidos de organización con las grandes masas, etc.

Ciertamente se podría admitir que si nuestras propias debilidades hubieran sido menores, la extensión y el éxito de la idea libertaria habrían sido considerablemente más vastas y profundas. Es preciso, claro está, eliminar todo lo que se pueda nuestros defectos ideológicos y sobre todo de organización. Bajo este aspecto la revolución puede servirnos de buena lección. Pero no hay que exagerar ni apreciar demasiado la importancia de esos defectos, perdiendo a causa de ello, involuntariamente, de vista otros aspectos justamente principales. No es, me parece, en esos defectos donde reposa el centro de gravedad de las razones concretas e inmediatas de la no realización de la idea libertaria en la revolución rusa. Estimo que si en esa revolución los anarquistas hubieran dado consejos y hecho observaciones 10 veces más definidas, claras y precisas y si hubiesen estado diez veces mejor organizados, — las ideas anarquistas no se hubieran realizado sin embargo, y habrían sufrido una "derrota" temporal. Lejos de mí también la idea de que el movimiento libertario no arraigó solamente gracias a la demagogía y a la violencia bolchevistas. Las considero — aún entre las causas inmediatas del fracaso cuyo conjunto es múltiple y complejo — como fenómenos derivados, factores de "tercer rango". Su posibilidad misma fué engendrada por causas esencialmente más profundas. Es justamente una de las primordiales la que quiero señalar aquí.

Por una parte es necesario notar una vez más que los bolchevistas que han "venido" en la revolución no tenían tampoco de antemano ni un programa práctico preciso del mañana ni una respuesta concreta y clara a la interrogación "¿Qué hacer?". Vacilaban constantemente, tanteaban y cambiaban continuamente su misión y sus palabras de orden, aún sus

más cercanas, adaptándose al desencadenamiento de las masas y hasta haciendo suyas las palabras de orden de los anarquistas (Basta recordarse de la epopeya de la Constituyente, el control obrero sobre la producción y muchas otras cosas. Los bolchevistas, nadie lo ignora, se vanagloriaban y se vanaglorian aún de la ausencia de un programa preciso y firme y de su capacidad para adaptarse a la situación). Su palabra de orden general de la conquista del poder no puede ciertamente tenerse en cuenta para juzgarlos superiores a los anarquistas desde el punto de vista del programa práctico. Al contrario, el alcance de esa palabra de orden era en el fondo puramente negativo, porque decía a las masas que no había que pensar en actividad alguna, que les bastaba ayudar al partido a conquistar el poder, que el programa de acción ulterior sería obra de ese partido. Los anarquistas, como tales, no podían, claro está, tener una palabra de orden semejante. No podían más que afirmar lo opuesto (y eso era sin duda más concreto): es preciso no ayudar a un partido político a conquistar el poder, sino que las masas laboriosas mismas, por medio de sus organizaciones obreras, de sus federaciones campesinas, de sus cooperativas, etc. — se unan y tomen la tierra, las fábricas, etc. para reedificar la vida económica y social sobre nuevas bases. Es lo que hicieron los anarquistas, al menos la mayoría. La organización del partido, aparente, artificial, falsa, que no daba nada a la revolución, no representó tampoco comparativamente a la "no organización anarquista" una ventaja decisiva y no garantizada de ningún modo una "victoria" en la revolución. El hecho de que no sólo los anarquistas, sino también una serie de partidos políticos, los más fuertes, tan bien organizados como los bolchevistas, con programas no menos "concretos" (social-demócratas, social-revolucionarios de la izquierda y social-revolucionarios) o que estaban ya en el poder fueran vencidos por los bolchevistas, da la prueba.

La conclusión es clara: los bolchevistas han "venido" en la revolución sin programas verdaderamente concretos del mañana ni organización verdadera. Por otra parte, y esto es todavía más importante, tengo datos para afirmar que hasta los rumores mismos sobre la ausencia de concepciones prácticamente claras entre los anarquistas en la revolución rusa, aún no siendo del todo injustas, son en todo caso muy exageradas e infundadas en nuestros medios, en los que, después del "fracaso", se deja arrastrar uno a vituperarse en relación al reciente pasado. Tengo a mano una cantidad de publicaciones anarquistas de antes y de durante la revolución donde encuentro numerosos artículos y resoluciones, protocolos, etc., que elaboran seriamente y en detalle — a veces demasiado en detalle, — las cuestiones más concretas de la revolución y que dan las respuestas prácticas más claras y precisas. No voy a citar aquí todas esas materias; pero si el lector quiere controlar mis afirmaciones y persuadirse personalmente de su exactitud, que examine atentamente por ejemplo la colección de *Golos Truda* de Nueva York (1914-1917), todos los números de *Golos Truda* de Petrogrado (1917-1918), varios números de la *Anarquista* de Moscú, algunos periódicos de provincia, como la *Idea Obrera* de Karkof, el *Nabud* de Ucrania, etc. — y también los protocolos y resoluciones de las conferencias y de los congresos publicados en el curso de la revolución. No sólo encontrará en todas partes una larga serie de notas definidas y precisas concernientes a los problemas concretos de la revolución, sino también proyectos y esquemas de construcciones positivas en la revolución social, concepciones prácticas elaboradas minuciosamente. Todo lo que leo actualmente después de la revolución en la prensa anarquista y sindicalista rusa y extranjera sobre la historia de la revolución, a pesar de que eso está escrito por los mismos camaradas que hablan continuamente de la necesidad de respuestas e inacciones más precisas y de su ausencia en la revolu-

ción como de una de las causas principales de la "derrota" de nuestra idea. Todo eso no adelanta una jota y no dice nada más que lo que se dijo en tiempo de la revolución rusa. Una simple yuxtaposición de la literatura presente con la que acabo de enumerar persuadirá al lector de ello.

Pero esto no es todo. Muchos camaradas en Rusia podrían confirmar que durante los primeros meses de la revolución rusa, cuando los anarquistas gozaban aún de libertad de palabra, han realizado una obra considerable de propaganda oral (conferencias, discursos, conversaciones, etc.) dando a menudo indicaciones definidas, precisas, concretas en relación a las tareas inmediatas de la revolución en un sentido libertario. Más aún. Existió en la revolución rusa un movimiento que intentó y comenzó a obrar en la vía libertaria. Fué la *machnovitchina*.

Si se quiere comparar, entonces, las ideas, las palabras de orden, las construcciones y la actividad de la mayor parte de los anarquistas en la revolución rusa se verá que fueron, en mi opinión, mucho más concretos y respondían mejor ante las masas a la cuestión "¿Qué hacer?" que las ideas, construcciones y actividad de los bolchevistas. La obra — ¡ay, breve! — de los anarquistas (comparativamente poco numerosos; pero así es generalmente) en los comités de fábrica, con la idea determinada de poner en mano de las organizaciones obreras todas las empresas; la palabra de orden de una toma inmediata de las tierras, en lugar del vago y escabroso "control de la producción"; la idea de una organización de acción económica y de clase de los trabajadores, en lugar de los experimentos nebulosos con la Constituyente; la idea de la unión de las ciudades y del campo sobre los principios de una economía laboriosa, de un cambio de los productos y de cooperación, etc. — todo eso debe ser reconocido para las construcciones revolucionarias como mucho más preciso y concreto que las combinaciones políticas, las semi-medidas de partido o de gobierno y los decretos doctrinales de los bolchevistas. Y en fin, el llamado mismo de los anarquistas a la verdadera auto-acción de las masas, muestra que los anarquistas estaban lejos de ser extraños a la acción concreta y a la visión práctica de las cosas.

Reexaminando y recordando todo esto me agrada preguntar a los camaradas: ¿Qué precisiones, qué concreciones, qué claridad mayor les hace falta? ¿Qué hay que llamar concreto generalmente en una revolución? Respuestas precisas a la interrogación "¿qué hacer?" ¿son imaginables de antemano para una revolución? Los programas prácticos precisos son imaginables? ¿Son posibles? ¿Son necesarios?... En la marcha misma de la revolución, ¿es que las masas mismas piden que se les instruya en todo, que se les inspire a cada paso lo que deben hacer? Si fuese así, entonces la auto-acción de las masas y una revolución fructuosa, ¿son en general posibles? No hay ahí una contradicción profunda?... Si es así, que entonces los camaradas que lloran por respuestas más precisas a la interrogación "¿qué hacer?" traten de dar esas recetas de boticarios! Estoy inclinado a creer que no les darán nunca, porque eso no existe y no puede existir. O bien los camaradas serán reducidos a abandonar la plataforma misma de la revolución... Estimo que las masas en la revolución no preguntan de ningún modo a cada paso "¿qué hacer?" y no tienen necesidad de que se les presenten recetas hechas. (Al menos, personalmente, no he observado nunca ese fenómeno). La aspiración a las respuestas prácticas se ha transformado en algunos de nosotros, después el "fracaso" ruso, en una especie de idea fija, explicable parcialmente por esa epidemia de vituperio exagerado después de la revolución, comprensible también en cierta medida por la aparente concreción de las "respuestas" y de la "victoria" de los bolchevistas. Les considero como exageraciones considerables y estimo que es tiempo de moderar uno y otro. En cuanto a la organización, tenemos ciertamente en este dominio un motivo incomparablemente más serio y más real de auto-crítica y de investigaciones de vías más justas. Entre los defectos de que podemos hacernos un gran reproche, el más esencial es el defecto de organización. Bajo este aspecto los anarquistas deben dar un gran paso práctico. Les es

preciso encontrar una forma de organización propia y emplearla energicamente, pero no deben caer tampoco en abusos y creer que nuestra organización mejor podría ser en la revolución un factor decisivo. Tampoco aquí debemos enganarnos sobre el rol y el alcance aparente de los partidos "organizados", ni tomarlos por modelo.

La conclusión definitiva es clara: los bolchevistas han "venido" y el anarquismo ha sido "derrotado" en la revolución no porque el primero haya sido concreto y organizado y el segundo no. Las causas inmediatas, decisivas, principales, reposan en otro dominio.

Entre las causas inmediatas verdaderamente principales de la no-realización de la idea anarquista en la revolución de 1917, una de las primeras que quiero señalar fuertemente aquí fué la ausencia en Rusia, hasta la revolución, de una vasta red de organizaciones obreras, sólidas, firmes, con un pasado histórico y con la realización de una cierta ruta, de una evolución, de una experiencia y de una lucha de ideas (No me refiero sólo a las organizaciones estrechamente profesionales, especialmente sindicalistas o industrialistas, sino a unas y a otras, en una palabra, a todas las organizaciones de clase de los obreros y los campesinos de carácter profesional, productivo y de consumo).

Las ideas concretas, la propaganda activa, las indicaciones claras y la actividad práctica de los anarquistas no faltaron. Lo que faltaba eran receptores, elementos que recogieran esa propaganda y esas indicaciones, todo ese aparato concreto que habría debido estar presto a atrapar al vuelo, a arraigar, a difundir y a concretar esas ideas. Las ideas libertarias eran sembradas por el aire y se dispersaban sin encontrar en ninguna parte puestos receptores. Es por eso que no pudieran materializarse en la vida por células sociales determinadas. No existían órganos que después de la recepción de esas ideas habrían podido ser un eco vibrante, fundar sobre ellas, por sí mismos, su causa real y de ese modo oponer una concepción y una acción revolucionaria de clase, independientes, a la doctrina y a la práctica políticas de partido.

Es por eso que nuestras concepciones no salían generalmente de los límites del estrecho medio libertario (Es decir, salían de él, pero se dispersaban en el vacío sin penetrar en las vastas masas campesinas y obreras). De ahí que grandes masas laboriosas se separaran del anarquismo y facilitaran a los bolchevistas la destrucción de los anarquistas. Es por eso que las masas reservaron todo el campo de acción a los bolchevistas. No teniendo sus organizaciones de clase dispuestas a obrar, estaban fatalmente sin recursos frente al bolchevismo que se apoderaba ávida y violentamente del campo de acción. Se lo cedieron impulsadas por la fuerza de las cosas (Ciertamente otros motivos secundarios se añadieron también). Porque para que las masas obreras puedan marchar por la vía de clase independiente; para que puedan acoger y comenzar a realizar las ideas libertarias; para que los anarquistas puedan salir sobre esa base de los límites de su medio estrecho, asociarse sólida y activamente con las grandes masas — no por la vía de una demagogia o de una política de partido, sino conservando su esencia anarquista, — era indispensable, no sólo la presencia, sino también y sobre todo un trabajo enorme y vivo de idea y de creación realizado por una red vasta y sólida de organizaciones de clase que eran las únicas que hubieran podido acoger la idea libertaria, eliminar a los bolchevistas, absorber a los anarquistas, hacer estas ideas objeto de discusiones, de trabajo, de experiencias, de construcciones, etc. Estas organizaciones faltaban. Ciertamente fueron creadas durante la revolución y rápidamente. Pero era demasiado tarde para armarse cuando la lucha estaba en su período agudo. Para que esas jóvenes organizaciones construidas a la ligera, sin experiencia, sin una evolución ideológica en el pasado hubieran podido, ya en la revolución en marcha, tener tiempo para acoger la concepción anarquista, asimilarla y ensayar su realización práctica (potencialmente podían seguramente hacerlo), — habría sido preciso que todos los revolucionarios fueran anarquistas... Advertimos aún que somos poco numerosos y que no fué sino con un gran retardo como pudimos

desarrollar nuestra obra en la revolución, que hemos tenido poco tiempo disponible, pues en la primavera de 1917 estábamos ya deshechos por los bolchevistas.

Es la paz de Brest-Litovsk, como se sabe, la que desempeñó un papel decisivo en la "victoria" de los bolchevistas. Es entonces cuando se salvaron ellos mismos matando la revolución y rompiendo la resistencia sensible de la masa obrera contra su arbitrariedad dictatorial. Estoy convencido de que si en ese momento fatal hubiese habido, no masas pulverizadas, no organizaciones construidas a la ligera, sino organizaciones de clase, obreras y campesinas, previamente desarrolladas y activas, — la paz de Brest-Litovsk no habría sido firmada, nuestra actitud negativa ante ella se habría convertido en la actitud firme de las masas organizadas, y los bolchevistas habrían perdido la partida.

VOLIN

1924 PROGRESO Y REVOLUCIONISMO
DEL ANARQUISMO
MAX NETTLAU
Errico Malatesta
LA VIDA DE UN ANARQUISTA
EDITORIAL
LA PROTESTA
BUENOS AIRES
1924

Un tomo en 8.^o rústica ... \$ 1.20
Edición especial, papel pluma ... \$ 2.00
encuadernado en tela ... \$ 3.50

Pedidos a Paré 1537
Buenos Aires

El problema de la procreación y la prevención de la maternidad

Recientemente ha sido publicado por la *Rooke Bibliothek* de Amsterdam el estudio del camarada Max Winkler, "Das Geburtenproblem und die Verhütung der Schwangerschaft", un instructivo folleto de 48 páginas del cual extractamos los capítulos que sirven de introducción. — N. de R.

Las organizaciones obreras y su posición ante el problema sexual.

Las organizaciones obreras se ocupan casi exclusivamente de problemas económicos y políticos. El problema sexual es considerado tanto por los partidos como por los sindicatos como de segundo orden, como superfluo. Hubo un tiempo en que se tenía por indecoroso hablar en público sobre problemas sexuales. Y sin embargo, es tan importante tratar el problema sexual sin timidez alguna como tratar el problema del hambre. Pues el hambre y el amor son los dos polos en torno a los cuales giran la vida y la acción humanas. Ambos problemas están tan íntimamente ligados que apenas se puede considerar uno sin entrar en el dominio del otro.

Cuando finalmente se discutió también en Alemania en reuniones públicas la miseria sexual de las mujeres proletarias, cuando algunos médicos hablaban de una regulación consciente de la procreación, y cuando esas reuniones se convirtieron en grandiosas asambleas, fué justamente la social-democracia la que se pronunció contra esa propaganda. La presidencia del partido mismo hizo convocar un mitin en una de las más grandes salas de Berlín y buscó como conferenciantes a la conocida escritora y oradora social-demócrata, ahora comunista, Klara Zetkin, de Stuttgart, que trató de demostrar "efectivamente" en un discurso de varias horas que precisamente el retroceso de la vitalidad es un signo evidente de que el capitalismo está consagrado a la muerte. La huelga de madres no era un medio de lucha revolucionario de la clase obrera. La huelga de madres era más bien una elusión de la lucha. La familia número

El éxodo en Catamarca



La Argentina es un pueblo alegre porque en su suelo nadie se muere de hambre. Carlos

¿Cómo se presenta el problema en las familias obreras?

Ya antes de la guerra se advertía en Alemania un retroceso de la natalidad. La miseria creciente, principalmente en las grandes ciudades, había infundido a las mujeres obreras poco a poco más preocupación y naturalmente también más sentimiento de responsabilidad ante su prole. Vieron con espanto que no podían obtener bastante alimento y ropa para los niños que la habitación se limitaba más y más. Y muchas madres recurrieron a las llamadas "mujeres sabias" para hacer perecer el fruto de sus entrañas. Sacrificaron dinero y salud, no retrocedieron ante la pena de prisión o de presidio a fin de no aumentar la miseria cotidiana. Todo nuevo hijo se transformaba para la pobre mujer proletaria en una nueva tortura.

Cuando la estadística indicó una pequeña, pero firme reducción de la población, pidieron a gritos los estadistas, todos los reaccionarios, todos los sacerdotes, severas medidas penales. Un sacerdote, especialmente robusto, O. Legius, escribió entonces en la "Reformation":

"Es de lamentar que no se acida bastante a esas medidas. Felizmente sucumben ya un porcentaje considerable de berlinesas modernas como castigo por sus abortos y recursos artificiales contra la maternidad. Es de lamentar que aún quedan muchas de esas mujeres inútiles en la vida para continuar su existencia digna de maldición."

Así juzga el "amor cristiano al prójimo" este "representante de Dios en la tierra". ¡Si las mujeres obreras dedujesen de tal confesión por fin las consecuencias y volvieran las espaldas a la iglesia y a sus sacerdotes!



El prendedor de Nina

Mientras sólo limite la buena burguesía el número de los hijos, el Estado y los sacerdotes no tienen nada que objetar. ¿Quién sostiene seriamente que la rica mujer del fabricante, por ejemplo, esté menos inclinada a la maternidad que la pobre mujer obrera? ¿O que vive más contenta o completamente en el ascetismo? ¡Oh, no! En las buenas familias burguesas que no crían más que uno o dos hijos, es comprensible que la mujer recurra al médico en caso de maternidad no deseada. Y sin embargo, si suceden un par de desgracias, el médico de la casa cuida de que todo sea suprimido. Los buenos burgueses no crean más que uno o dos hijos a lo sumo. Quieren ser buenos padres y buenos educadores de sus hijos, no quieren desmenuzarse su riqueza en muchos herederos.

En las familias proletarias la cosa aparece distintamente. Ya el nombre de proletarios, de *prole*, significa así como productores de hijos. Aquí pululan a menudo los niños. Sels u ocho hijos no es una rareza. Y esos ocho o diez seres humanos se amontonan en una única habitación, duermen con frecuencia apilados en tres o cuatro camas. ¿Cómo se atenderá en semejante vivienda la limpieza y la moralidad siquiera? No es un milagro que la prostitución reciba más y más su afluencia de las hijas de las familias proletarias. Una muchacha que no conoció en la casa de sus padres más que la miseria y las privaciones, que no tuvo nunca bastante que comer ni buena ropa que vestir, que no conoció nunca algún disfrute superior, cae fácilmente en las tentaciones de algún buen hijo de burgueses, acepta dinero por los servicios amorosos prestados y se hunde después rápidamente en el cieno del arroyo. ¿Quién tiene el valor de arrojar una piedra a esa pobre criatura?

¿Cómo puede procurar un padre suficiente vestido y alimentación para seis u ocho hijos? Es sencillamente imposible. Pero ropa insuficiente, deficiencia de alimentación significa la enfermedad de los hijos, su atraso espiritual. ¿Cómo puede una madre ser una buena educadora de tantos hijos, aun cuando disponga de las necesarias cualidades? Tiene que cocinar, remendar, lavar de la mañana a la noche, y a causa de ello se descuida a sí misma corporal y espiritualmente. No es ningún milagro que las obreras de 35 a 40 años presenten ya un aspecto envejecido. Una mujer que da a luz todos los años, que tiene sin cesar que ocuparse de la procreación, se desinteresa de los acontecimientos del día, no lee un periódico, un buen libro, no conoce los efectos exaltantes y liberadores de una buena representación teatral, de un concierto. No es un milagro por consiguiente que las películas cinematográficas ejerzan tanta atracción en las mujeres obreras.

M. WINKLER

No se da en el mundo a quien no tiene, sino a quien más tiene. A muchos se les quita la hacienda porque son pobres y se les adjudica a otros porque la tienen. Pues las dadas no van sino a donde hay ni se hacen los presentes a los ausentes. El oro dora la plata, ésta acude al reclamo de otra: los ricos son los que heredan; que los pobres no tienen parientes. El hambriento no halla un pedazo de pan y el ahito está cada día convidado. El que una vez es pobre siempre es pobre, y de esta suerte todo el mundo le hallaréis igual.

¡Y pensar que aun es necesario un "pasaporte" para viajar al extranjero! ¡Es increíble!



greñada; los de la haraposita se plantaron fijos, inmutables, sobre el prendedor que adornaba el pecho de Nina. La miraba con un mirar terrible, como fascinada por su esplendor. La madre la sacó de su éxtasis, mandándola.

Nina aprovechó ese instante, y acercóse al lecho que debía ser el de la haraposita, por ser el más pequeño de los dos que había en el cuarto...

III

...Nina y su mamá regresaban a la casa en automóvil.

—¡Pobres gentes, suspiró la bella señora, qué miseria la suya! ¡Y qué agraciados, pobres!

La señora estaba profundamente satisfecha de sí... De pronto dió un grito:

—¡Nina! ¿Y tu prendedor? ¿Has perdido tu prendedor de brillantes?

—No, mamá, no lo he perdido.

—¿Y dónde está, dónde está?

—Allí.

—¿Allí, dónde es allí?

—En la casa de esos pobres.

—¿Qué?

—Se lo dejé bajo de la almohada a su

La bella señora continuó: —Vamos a hacer caridad, Nina, la caridad que nuestra religión nos enseña. Haciendo caridad en este mundo es como ganamos el cielo para nuestras almas, no lo olvidéis.

—No, mamá...

II

...Llegaron al desván de los pobres a quienes iban a socorrer. Era un cuarto hediondo y negro en una casa negra y hedionda, llena de gentes sucias que las miraban azoradamente.

En el desván, Nina vio un hombre y una mujer flacos, horribles, que hablaban con su mamá, la agradecían sus ropas viejas y hablaban de Dios y de la Virgen; vio Nina dos muchachos flacos y horribles tirados en una manta sucia, sobre el suelo, y vio también a una chiqueta de su edad; pero no linda y rubia como ella, como Nina, sino fea y andrajosa con los greñudos cabellos incoloros sobre las mejillas sin lavar. Las dos se miraron. Los ojos de Nina midieron a la haraposita desde sus pies descalzos hasta su cabeza des-

nifita; ¡me lo miraba tanto, y con unos deseos!

—¡Pero estás loca, Nina? ¡Chofer, chofer, dé vuelta, volvamos, pronto, pronto!

IV

...Nina y su mamá regresaban de nuevo en el automóvil; sobre el pecho de la chica brillaba su hermoso prendedor de brillantes.

Habló Nina:

—¡Mamá, estás enojada conmigo?

—Sí.

—Pero, mamá, ¿no me dijiste que debíamos hacer caridad, que nuestra religión nos lo enseñó?

—Sí; pero no debemos dar lo que precisamos, debemos dar lo que ya...

—¿Lo que ya no nos sirve?

—Sí, es claro, es justo que los pobres usen lo que los ricos desechan, para eso son pobres.

—¡Ah!...

Y luego de un largo silencio:

—Mamá.

—¿Qué, Nina?

—Yo también quiero hacer caridad, yo también quiero que me den las gracias como te daban a ti esos pobres, mamita. ¿Me dejas que te dé mis juguetes rotos al hijo de la cocinera?

La bella señora miró con ternura a su nena, y, apretándola contra sí, la dió un beso. La buena señora estaba conmovida; respondió:

—¡Sí, dáselos, nena; pero nada más que los rotos, eh!

Álvaro Junque

Un juicio de Kropotkin

Sobre la tragedia de Ginebra

La carta que sigue fué dirigida por Kropotkin a George Brandes, el conocido literato danamarqués, en contestación a un ataque personal que se le dirigiera en un diario de Dinamarca. La carta fué publicada por Brandes en el "Politiken".

He aquí como se expresaba Kropotkin: Yo, con usted y con tantos otros, he sentido dolorido el corazón al saber la muerte de aquella nueva víctima de la lucha social — la emperatriz de Austria. Una anciana cuya suerte había sido bien triste, aun antes de la pérdida de su hijo, es digna de lástima de una manera especial para aquellos que conocen la historia íntima de su vida. Las mujeres y los niños, al menos, merecen que se salven de la lucha terrible en que vivimos, y de las luchas más terribles todavía que vemos tan próximas.

Si fuera suficiente el sacrificio de mi vida, para salvar aunque fuera una pequeña parte de las víctimas que he visto caer al rededor nuestro durante los últimos treinta años, en las calles y en los cadalsos, lo hubiera hecho sin vacilar. Muchísimos de nuestros amigos habrían procedido de igual manera. Pero no tendría resultado. Es preciso que los hombres sean obligados a reaccionar.

Analicemos el caso de Luccheni. Nacido en un banco de un boulevard de París, no conocía ni madre ni padre. Fué criado en una casa de expósitos, primero en París, y después en Parma. A la edad de diez años fué tirado a la calle para que se buscara la vida; (siento aun más dolorido el corazón al pensar en la suerte de este pobre niño y en la de tantos otros miles que corren la misma).

Cuan llegó a los veinte años lo llevaron a un cuartel, y allí le enseñaron a matar; a matar cualquier número de personas, sin piedad — a matar padre y madre, a matar mujeres y niños el día que le dijeran que era necesario para salvar la patria; pues en éste caso — se le dijo — la vida humana no se debe contar para nada. Después le mandaron al África para matar. Más tarde se halló de criado con un oficial de caballería. Buena escuela para aprender el respeto que se les debe a las mujeres!

Y en Suiza, ultimamente, viviendo entre los huídos de Italia, después de la revuelta de los pobres hambrientos de Milán y la matanza sin piedad de los paisanos, ¿qué le contaron los emigrados? Le contaron que paisanos hambrientos habían sido masacrados, más o menos en toda la campaña; que en Milán los soldados habían fusilado al pueblo durante tres días, y que los obreros fueron muertos a centenares; que la metralla barría las calles sin que se observara si había en ellas mujeres y niños, ni que fuesen culpables o no aquellos que caían traspasados por las balas, y sin pensar si los niños, cuyos padres cayeron muertos, tendrían medios de mantenerse; le contaron que al partir un tiro, de una casa, se dió orden de tirar sobre todas las ventanas de la misma, matando a los habitantes, mujeres y niños; que las damas ricas de Milán repartían flores entre los soldados, y que les hacían caricias, diciéndoles: "¡Tirad bien! ¡Tirad derecho! ¡Echad afuera a esta canalla!".

Pues bien, mi querido Brandes, imagínese Ud. a nuestros hijos, criados en semejante ambiente y recibiendo las mismas impresiones, y dígame, ¿no habrían corrido el peligro, ellos también, de perder hasta el instinto natural de compasión? ¿no habrían sentido un odio contra los ricos que nunca piensan en la miseria, productora de su riqueza?

Se ha dicho muchas veces que la sociedad presente baila sobre un volcán; es la verdad, y los ricos no pueden comprender el odio que nace en el corazón de los desheredados. Yo lo comprendo y le digo que es terrible! Y al mismo tiempo que se fomenta este odio, la enseñanza judicial y militar reconocida, cuchichea a nuestros oídos todos los días por medio de casi todos los diarios: "¡No hay que hacer caso de las vidas humanas! Nada de sensibilidad! ¡Si es necesario que uno de estos días ejecutemos a cien hombres y cien mujeres, o matar en las calles hasta cien mil, para mantener la sociedad,

aterrorizando así a los rebeldes, debe hacerse sin vacilar!".

Y después hay quien se extraña de que haya pobres que devuelven el argumento, y dicen que si fuera necesario exterminar a cien mil burgueses debería hacerse!

La fé en la fuerza mágica de las ejecuciones es la piedra angular de la confesión de fé moderna. Los políticos, los sacerdotes, los filósofos la profesan.

Y esperan que los pobres lleguen, por intuición, a un modo de pensar más alto y más amplio, dejando de tener fé en las ejecuciones, y que no dibujen con Luccheni: "¡Matemos a cualquiera de los poderosos, así aprenderán a pensar en la injusticia social!".

Es absurdo pedir a los pobres que lleguen a una concepción de la vida social que no han alcanzado, hasta ahora, los hombres más instruidos.

Durante aquellos mismos días, cuando tanto se hablaba de la emperatriz de Austria, se cometieron cuatro atentados, cuatro días seguidos, cerca de Northampton, en Inglaterra, para destruir trenes de ferrocarril. Enormes piedras y vigas de madera fueron puestas sobre los rieles de varias líneas, con la intención de destruir los trenes expresos. Eso sería mucho más horrible que la muerte de una persona sola. Mujeres y niños y padres de familia obreros habrían sido muertos, si un tren expreso hubiera tropezado contra esas piedras y durmientes puestos sobre los rieles. ¿Quién habrá hecho eso? No se sabe, pero seguramente no era ni socialista ni anarquista, sino, con toda probabilidad, algún hombre en cuyo corazón había nacido un odio sin límites contra toda la sociedad, y que se habría dicho para sus adentros: "Un golpe, de cualquier modo dirigido, les obligará a pensar en nuestra miseria". Este es el volcán sobre el que baila la sociedad.

Pegar una puñalada en el corazón de una mujer, por la razón de que aquel corazón nunca había latido de simpatía hacia los que sufren, es, sin duda, terrible.

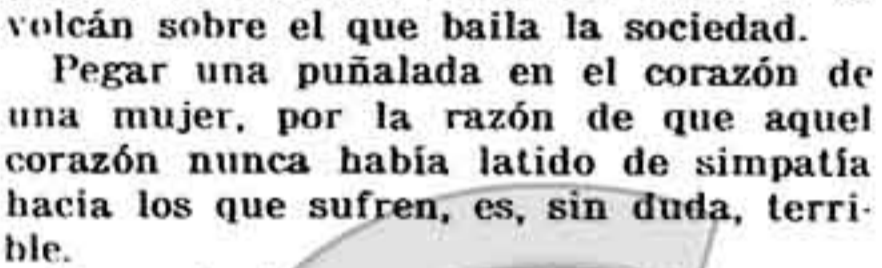
Pero mientras se cometen tales matanzas como las de Italia del otro día; mientras se enseñe el desprecio de la vida humana; mientras se enseñe que es bueno matar para mantener lo que se considera benéfico a la sociedad, las víctimas caerán cada vez más, aun dado el caso de que los gobernantes resolvieren ahorcar a todos los que tomen parte en favor de los pobres, a todos los que estudian la psicología de la miseria, y que no tienen temor de decir lo que han aprendido de aquella psicología.

(De LA PROTESTA HUMANA, número 49, diciembre 4 de 1898)

La Luciérnaga

De noche una luciérnaga vicjera tropezó con un sapo en la ribera y cayó con las alas medio rotas. Estando el sapo en tren de chirrigotas, le dijo: Tú, farol, estás demás, pues no sabes siquiera adónde vas. Y observó la luciérnaga: — ¡Perdón! pero la luz que llevo no la veo porque la tengo atrás, y en esto, creo que ha habido algún error de instalación. Yo ilumino al pasar; es entendido. Mas es justo también reconocer que si alumbró el camino recorrido, no puedo distinguir el que he de hacer. Y no te digo los inconvenientes que me acarrea aquella luz interna: cada vez que ilumino la linterna, aprietan los murciélagos los dientes. — Comprendo—dijo el sapo.—Eres el puro símbolo de esta civilización que por iluminar, sin ton ni son, a quien está en lo obscuro, suele dar de cabeza contra el muro.

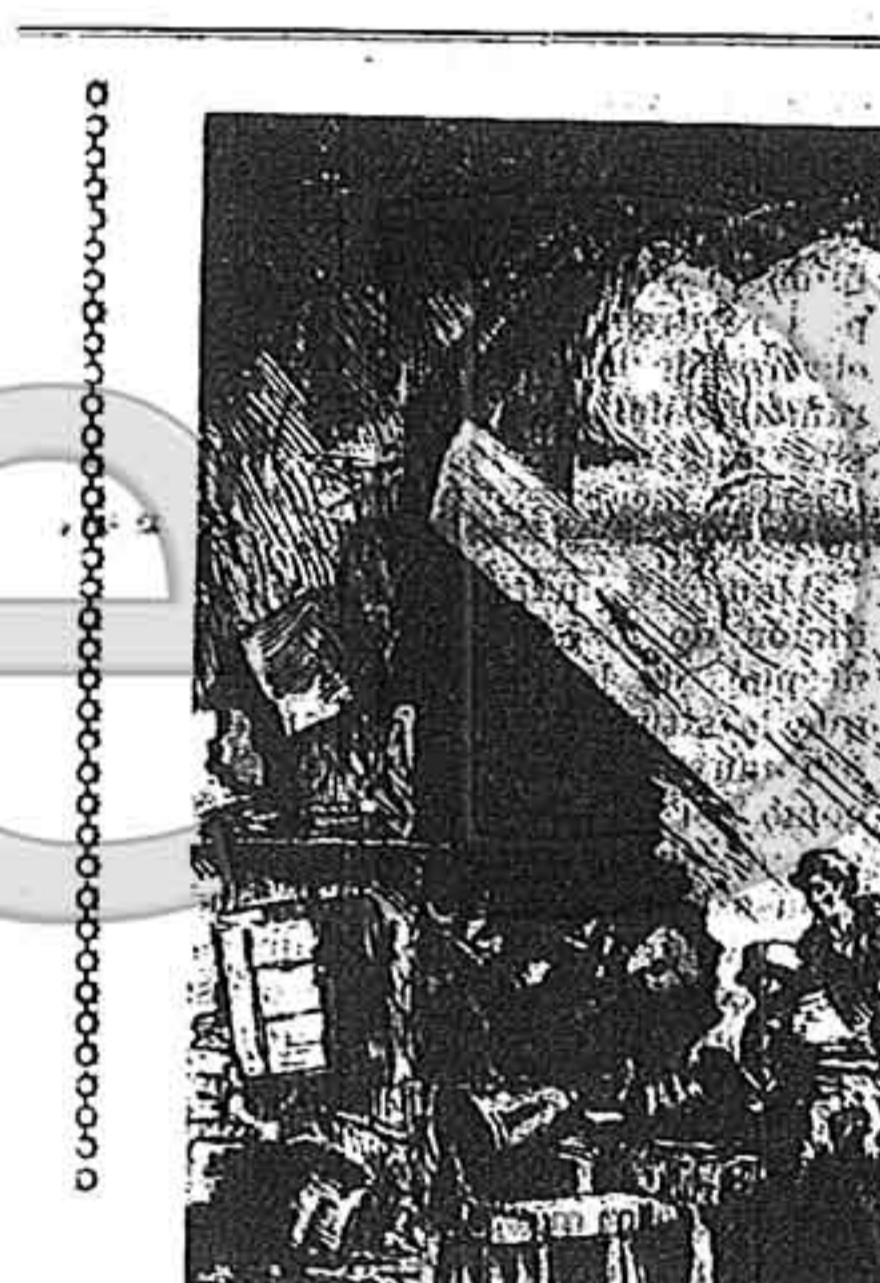
TRILUSSA



El libro de Rudolf Rocker sobre Most

El 17 de marzo se cumplió el 18 aniversario de la muerte de Johann Most. La innegable importancia que tiene Most para el devenir de la idea socialista-anarquista, nos lo enseña este libro sobre él. Es una imagen de la estatua que se ha levantado en el corazón de todos los hombres verdaderamente revolucionarios, al gran tribuno del pueblo. Un monumento del cual Rudolf Rocker ofrece la representación más intuitiva, más sólida.

En esa biografía honra uno de los jóvenes al maestro, aunque pertenece a otra época. Para la comprensión de lo que significó en otro tiempo Most, para el proletariado internacional, Rocker parece una encarnación simbólica. Most ha comenzado como simple encuadernador y se elevó por medio de su celosa aplicación a la categoría de uno de los pensadores y pioneros más claros de las ideas sociales; su biógrafo Rocker representa en cierto modo su verificación espiritual. De igual modo, en otro tiempo, obrero encuadernador, hoy de cincuenta años de edad, Rudolf Rocker se ha convertido de la mano de Most, y gracias a un estudio incesante, en el intelectual del proletariado.



M. D. GJRIC. — Fundación.

riado en el más hermoso sentido de la palabra. Su libro sobre Most puede ser considerado como una coronación del trabajo de su propia vida.

No solo se ama y se aprecia a Most en la lejanía histórica. El que, como yo, lo conoció hace un cuarto de siglo, personalmente; el que supo amarlo como a un padre, y comprenderlo, podría confesar alegremente hoy, después de las experiencias de este período: En todo su carácter, fué Most la energía más grande, la pureza más abnegada, la voluntad más viva de que ha sido capaz el proletariado alemán. Most fué una piedra angular, el verdadero guía heroico que materializaba en sí la próxima etapa de madurez que el pueblo laborioso de Alemania y de Austria, habría debido alcanzar. Si no sucedió esto, no es culpa de Most. Antes bien, es su inconfundible título de honor el haber permanecido durante su vida como la brújula fiel del proletariado alemán, mientras que sus enemigos social-demócratas, a quienes combatió con encarnizamiento, traicionaron vergonzosamente a ese proletariado, abandonándolo traicionadamente en toda hora

de decisión. La lucha heroica de Most, los padecimientos de más de una década de prisión, la lucha reñida por la existencia hasta la última hora — todo esto, es como un espejo luminoso en el que se reflejan la miseria y la repulsividad de aquellos que se llaman hoy, lo mismo que hace cuarenta años, jefes obreros social-demócratas.

El libro de Rocker da más que la biografía de Most, excelente e interesantemente escrita; es también la obra histórica del movimiento anarquista de idioma alemán en sus días de juventud. Pero al mismo tiempo forma un compendio de la historia del socialismo alemán en general, como apenas podría ser escrito más conmovedoramente. Todo investigador de las causas de los fenómenos de decadencia del socialismo alemán, en los últimos cincuenta años, tomará el libro de Rocker sobre Most, para llegar a la verdad. La clara objetividad de su material, ordenado lucidamente, hace recaer el juicio más aniquilador de la historia sobre la social-democracia, haciendo comprensible los acontecimientos de 1914.

También el movimiento anarquista puede aprender infinitamente mucho en este libro. Felizmente ha superado los estudios primitivos en su gran parte. Está hoy tanto espiritual como prácticamente en otro nivel. Pero eso no debe impedir nunca el amor y la veneración hacia Johann Most. Pues a nuestra exis-

blicado antes de su muerte por toda la prensa.

Es el favor que hizo a Daumier. Había trabado honda amistad con él y admiraba mucho su talento. Daumier habría entonces en Varmandais, un pueblo del valle del Oise, en una casita rodeada de un trozo de jardín, donde muchos amigos, entre ellos Jules Dupré, Daubigny y el mismo Corot, solían ir frecuentemente a pasar días de cordial efusión. Daumier, contrariamente a Corot, se hundía más y más en la miseria a medida que envejecía. Llegó un día en que tuvo que manifestar la necesidad de irse a París, abandonando el pueblo, cuya soledad le era tan querida. Para quedarse era necesario pagar los alquileres atrasados...

Corot hizo más: compró la casa, hizo que la reparasen y mandó los títulos de propiedad a Daumier. "Ahora, le dijo, prohibo a tu propietario el echarte de esa casa".

Y Daumier, cuya alma era demasiado grande para humillarse ante la emocionante manifestación de amistad, respondió enviándole uno de sus cuadros: *Eres el solo hombre a quien quiero lo bastante para aceptarte algo, sin enojarme*.

PENSAMIENTOS

La prudencia es una rica, y fea solterona a quien la incapacidad hace la corte.

El desce no seguido por la acción engendra la pestilencia.

Con las piedras de la ley se han levantado las prisiones, y con los ladrillos de la religión los lupanares.

La alegría fecunda, el dolor da a luz.

Los tigres de la cólera son más sabios que los caballos del saber.

La cultura traza caminos rectos; pero los caminos tortuosos, sin beneficio al parecer, son, precisamente, los del genio.

William, BLAKE

El pollino monárquico y el Asno republicano

Un pollino monárquico italiano dijo a un asno francés: —Tú eres feliz por ser republicano. Yo, en cambio, ya lo ves, me encuentro bajo el yugo de un patrón que me chupa la sangre y que me carga con balas de cañón. La tarca es amarga y el peso desmedido, en proporción de las raciones miséas que como. Y aunque sueto quofarme hinchando el

lomo. —El se buria de mí mientras me atiza al son del Himno Real, una patética. —Hermano: en todas partes se atraviesa —dijo el asno francés — la suerte aviesa. También me zurra mi amo por igual. Pero en vez de tocar el Himno Real, canta la Marsellesa.

TRILUSSA

PIERRE RAMUS

Nobleza de artistas

Entre todos los actos de generosidad que se cuentan de Corot, citaremos uno que honra al corazón del pintor; a pesar de que él lo mantuvo en secreto; ninguno de sus biógrafos lo ignoró, siendo pu-

Shakespeare y sus obras

VI

TIMÓN DE ATENAS.

Cuentan las historias que en Atenas hubo un misántropo, llamado Timón, que a causa de su excesiva prodigalidad le acontecieron desgracias sin cuento. Hombre de corazón bondadoso, y rico en demasía, nunca se negaba a socorrer a los necesitados y en particular a sus amigos a quienes ofrecía, de continuo, ágapes suculentos y regalos increíbles que dieron al traste con su fortuna.

A tanto llega su generosidad que en la puerta de su casa se hallaba estacionado un portero, no para cuidar la puerta, sino para invitar, sonriente, a los caminantes.

La contextura moral de Timón es de tal naturaleza que se cree obligado a remediar los males de la humanidad, con sus constantes prodigalidades. Pero, llega un día en que sus incontables bienes se agotan sin que esto produzca en su ánimo la más mínima impresión.

Creo, Timón, en la bondad y en la gratitud de los hombres, y en particular de sus amigos a quienes colmaba tanto con dones y ofrendas de positivo valor. Pero pronto la decepción hace presa en el alma de tan bueno como inocente varón.

Acosado por las necesidades y hasta por los acreedores, debe recurrir a sus favorecidos, a los amigos que le deben lo que son. ¡Y oh, irrisión de la suerte! Con gran perplejidad escucha las hipócritas razones, y hasta los amables consejos, con que remedian su desgracia los falsos e ingratos amigos!

Asqueado del mundo, huye de los hombres y se convierte, de sociable que era, en misántropo incurable, lleno de odio y de rencor.

En torno de las características de Timón de Atenas ha bordado Shakespeare, una serie de conceptos y de episodios dramáticos que hacen de esta obra una de las más interesantes del arte shakespeareano.

En el primero de los cinco actos que tiene esta pieza teatral, Timón obsequia con una comida suculenta a sus viejos amigos, entre quienes se cuentan Lucio, Lúculo, Sempronio, Ventidio y un discípulo filósofo, llamado Apemantio.

Si alguna vez la adulación ha sido esgrimida inteligentemente por los hombres, nunca como en esta ocasión habrá dado mejores resultados. Adulan, los falsos amigos y senadores atenienses que frecuentan su casa, al ingenuo Timón hasta que llegan a dilapidarle su inmensa fortuna.

En el segundo acto de la obra numerosos acreedores presentan sus cuentas al mayordomo de Timón, un tal Flavio, quien, ante la imposibilidad de saldar las cuentas, informa a su pródigo señor sobre el estado verdadero de su hacienda. No se impacienta por ello el generoso Timón y llamando a sus servidores les envía a casa de sus amigos Lucio, Lúculo y Sempronio, con el encargo de pedirles cincuenta talentos a cada cual. A los senadores de Atenas, quienes le son deudores de muchos servicios prestados al Estado, les envía otros con el mismo fin.

Es ocioso decir que todos los servidores vuelven a casa de Timón con las manos vacías, pero con grande acopio de razones en las cuales cada falso amigo se excusa de ayudar a su protector. Tan grande es el desengaño que sufre Timón que por poco enloquece. Más aún cuando una caterva de sirvientes de otros tantos acreedores, conociendo su miserable estado, presentan al cobro sus cuentas, en la forma que se ve a continuación:

Tito — Señor, aquí está mi cuenta.
Sirviente L. — Aquí está la mía.
Sirviente M. — Y la mía, señor.
Ambos sir. V. — Y, señor, las nuestras.
Filito. — Nuestras cuentas todas.
Timón — ¡Confundíme! ¡Partíme en dos con ellas!
Sir. L. — ¡Señor, señor...!
Timón — ¡Arrancadme el corazón y acudí a él!
Tito — Yo, cincuenta talentos.
Timón — ¡Cuenta mi sangre!
Sir. L. — Señor, cinco mil coronas.

Timón — ¡Cinco mil gotas pagan tu cuenta! — ¡Cuánto es la tuya? — ¡Y la tuya?

Sir. 1° V. — Señor...
Sir. 2° V. — Señor...

Timón — ¡Despedadme! ¡Apoderaos de mí, y de los dólidos os confundan! (vase).
Pero terminada esta escena y recobrada la serenidad Timón se propone vengarse de sus hipócritas amistades del modo siguiente: invita de nuevo a sus ingratos amigos a un festín asegurándoles que lo del préstamo fue una broma suya sin importancia. Acuden a la cita los ingratos, quienes se ven chasqueados en la forma que se lee aquí.

Señor 1° — Buenos días.
Señor 2° — Lo mismo te digo. Me parece que este noble señor quiso sólo probarnos el otro día.

Señor 1° — Esto mismo pensaba yo cuando nos encontramos. Confío en que no estará tan por los suelos como parecía estar cuando probó a sus amigos.

Señor 2° — Parece que no, a juzgar por este nuevo festín.

Señor 1° — Así lo creo. Enviéme apremiante invitación, que graves motivos me impiden aceptar; pero me ha instado de tal modo que me he visto obligado a venir.

Señor 2° — También tenía yo importantes negocios a que atender; pero no admití excusas. Siento no haber estado en fondos cuando envié a pedirme prestado.

Señor 1° — La misma pesadumbre tengo yo al ver cómo van las cosas.

Señor 2° — Y todos los que están aquí también. ¿Qué te pidió?

Señor 1° — ¡Mil monedas!

Señor 2° — ¡Mil monedas!

Señor 1° — ¡Y a ti?

Señor 2° — A mí me pidió... Aquí viene. Entran Timón y acompañamiento.

Timón — Con todo mi corazón, caballeros. ¿Cómo estáis ambos?

Señor 1° — Perfectamente, sabiendo que estáis bueno.

Señor 2° — ¡Ni la golondrina acude al verano con mejor voluntad que acudimos nosotros a verte.

Timón (aparte) — Ni de mejor voluntad huyen del invierno. ¡Qué aves de paso son los hombres! — Caballeros, la comida no recompensará tanta atención; divertíos un rato con la música, si no os molesta el sonido de las trompetas. Iremos a la mesa en seguida.

Señor 1° — Confío en que no habrás llevado a mal el que tu mensajero volviera de vacío.

Timón — ¡Ah! No te apures por eso.
Señor 2° — ¡Señor mío!

Timón — ¡Ah! Mi buen amigo. ¿Cómo va?

Señor 2° — Nobilísimo señor. Estoy avergonzadísimo de la desdichada indigencia en que me hallaba el otro día que vine con un verme de tu parte.

Timón — No pienses en eso.
Señor 2° — Si hubieras enviado dos horas antes...

Timón — Que no te perturbe ese recuerdo. — ¡Vámonos, traedlo todo junto. (Traen los platos).

Señor 2° — Todos platos cubiertos.
Señor 1° — Buena comida, seguro.

Señor 3° — No cabe duda. ¿Cuanto pueda lograr el dinero y ofrezca la estación.
Señor 1° — ¿Cómo estás? ¿Qué noticias hay?

Señor 3° — Alcibiades ha sido desterrado. ¿Lo sabías?

Señor 1° y 2° — ¡Alcibiades desterrado!

Señor 3° — Así es. Tenlo por cierto.
Señor 1° — ¿Cómo? ¿Cómo?

Señor 2° — Dime, ¿y por qué?

Timón — ¡Dídnos amigos míos, ¿queréis acercaros?

Señor 3° — Te lo contaré después. Buen festín se prepara.

Señor 2° — ¡El mismo mozo de siempre!
Señor 3° — ¡Durará? ¡Durará?

Señor 2° — Aún dura, pero andando el tiempo... y así...
Señor 3° — ¡Yo creo...
Timón — Cada cual ocupe un asiento como si le aguijonasen los labios de su dama. La comida será igual en todos los sitios. No lo consiéráis banquete oficial, ni dejéis enfriar las viandas mientras discutís cuál ha de ser el sitio de preferencia. Sentaos. Sentaos. Demos gracias a los dólidos.
Perros, destapad y lamed.
(Desembrense los platos, que están llenos de agua caliente).

Cumplida esta justa venganza Timón sale de Atenas tomando por morada una cueva a orillas del mar. Rehusa el trato con las gentes y sus imprecaciones contra los atenienses son formidables. Oyéndole hablar, su verbo se nos antoja revolucionario y a veces hasta anarquista. Maldice la blanca barba del venerable anciano, porque es un usurero, tanto como la fatuidad de la matrona ateniense por su característica hipocresía. Predica el degüello y maldice el oro, por ser la causa de todos los males y las degradaciones que afligen a la humanidad. ¡Pero, oh ironía de la suerte!
Hurgando el suelo en busca de raíces para el sustento encuentra un tesoro, una inmensa cantidad del vil metal. Y entonces igual que en tiempos anteriores lo prodiga sin discreción a los viandantes,

intencionados o no, que acuden presurosos a la cueva de Timón. Antaño fue esto un distribuidor inconsciente de oro. Ahora, en cambio, lo da con entera convicción para fomentar con él la corrupción de la sociedad, la guerra y la envidia entre los hombres. Y como Alcibiades había declarado la guerra civil en Atenas, le ofrece oro a manos llenas, con la condición de exterminar a los griegos.
Su anatema contra el dinero es uno de los alegatos más poderosos que se conocen, en la literatura universal. Trasciende de las palabras de Timón la inmensa aversión que al gran dramaturgo inglés le producían, sin duda, las hazas de los buscadores de oro que ocupan un espacio tan grande en la literatura de su tiempo.

Hastiado del mundo y de los hombres, Timón se suicida, de cara al mar.
Y así termina esta obra, una de las más profundas y filosóficas del inmortal escritor.

CIVIS

DESDE MEXICO

Después de catorce años de revolución

III

Quizás antes de hablar sobre el zapatismo debimos de habernos referido a las condiciones de los campesinos en México, antes y después de la revolución; porque no es solamente la cantidad y la calidad de su miseria y de su opresión: son los caracteres particulares que esta condición presenta, pues su actual organización ha salido de ellos mismos; la han iniciado y la han sostenido con sus propios recursos, casi en aislamiento de los obreros de la ciudad. Si hablamos primeramente del zapatismo, fué porque creímos muy necesario que la exposición de libertad tocara ese punto, que ha acarreado muchas malas interpretaciones.

Algunos camaradas que conocen la condición de los campesinos rusos, antes y después de la revolución, nos han dicho que la situación de la campiña mexicana era muy similar, tanto por su extensión como por la manera de trabajo y vida de sus obreros. Seguramente que esta opinión está muy generalizada, especialmente en Europa. Infinidad de amigos del otro continente inquieran constantemente sobre esta cuestión; el compañero Schapiro mostraba singular interés en saber sobre el particular, y Pierre Ramus, en la introducción que envió para una de sus obras que se está editando en esta región, también se refiere a la similitud de la condición campesina de Rusia y México.

Estos deseos empeñosos nos hacen recurrir brevemente a los catorce años anteriores a la fecha.

Se sabe en el mundo entero que la tierra en México se encontraba dividida en trece uos cuantos propietarios. De once mil haciendas que existían (adelante hablaremos de su existencia), y que ocupaban un área de un millón de kilómetros cuadrados, había terratenientes que tenían el control de diez o quince mil; de esta manera puede sacarse el promedio del número de propietarios.

Era común decir que había que caminar muchos kilómetros en ferrocarril para atravesar un latifundio; y en efecto, Luis Terrazas poeta, en Chihuahua, sesenta mil kilómetros cuadrados de tierra; Luis Huller, cincuenta y cinco mil en la Baja California; en Hidalgo, José Escandón, cuarenta y ocho mil; la familia Madero, en Coahuila, treinta y ocho mil, y una cantidad igual Inigo Noriega y Juvenio Ramírez, en Puebla.

Podríamos citar otros terratenientes cuyas propiedades no eran menores de veinte mil kilómetros cuadrados; las cifras hechas son suficientes como base de demostrativa. No era todo; estos terratenientes tenían, a la vez, sus subsidiarios: los ranchos. Los ranchos ocupaban un área aproximada de medio millón de kilómetros cuadrados, y esta cantidad puede agregarse a las grandes pertenencias mencionadas, pues estos ranchos se encontraban incapacitados para vivir económicamente independientes.

El sistema de peonaje hacía que nueve millones de campesinos vivieran terriblemente subyugados a unos cuantos terratenientes.
Las leyes del país tenían abolido este sistema; pero ¿quién habla de leyes! En la actualidad está doblemente prohibido el peonaje, y sin embargo existe; está abolido el latifundio y sin embargo, existe — aunque tanto el actual sistema de peonaje como el nuevo latifundismo presentan otros rasgos.

El peón disfrutaba de un jornal de 13 a 25 centavos diarios, según la región del país; jornal que no podía alcanzar para la subsistencia de sí mismo y mucho menos para su familia, y más cuando los terratenientes les hacían comprar obligatoriamente en las tiendas que a propósito establecían en cada hacienda, a elevadísimos precios. En esta forma era como el peón siempre tenía un débito con el hacendado, débito que nunca podía saldar y que los terratenientes acumulaban a sus generaciones. En 1910, se pudo comprobar que muchos campesinos aún estaban saldando débitos de sus abuelos.

Esta es la condición en la que el motín de 1910, que encabezó Madero, encontró a los campesinos, y así fué cómo sus filas se vieron bien pronto engrosadas por miles de trabajadores del campo, que creyeron encontrar su salvación de las garras del latifundismo y del sistema de peonaje. Además Madero había incluido en su plan ("Plan" se llama, en México, a los programas que los jefes de motín formulan sobre sus finalidades. Se debe constatar que desde 1810 hasta el presente, se han escrito, en números redondos, 178 "planes". ¡Casi dos por año!) la cuestión agraria, cuya solución daba por medio de la repartición de ejidos, proporción más derechista que la del zapatismo.

Los grandes compromisos capitalistas de Madero no le dejaron ni tan siquiera iniciar, ya en el poder, su política agraria; correspondió al zapatismo dar principio a esta labor. Hemos dicho anteriormente que en aquellas regiones no influenciadas por el zapatismo el movimiento campesino constituyó una expresión espontánea; pero hay que advertir que estas regiones fueron las que principalmente estuvieron bajo el dominio de Carranza. Carranza, al contrario de Zapata, se dirigió a los obreros de la ciudad, y aunque también tuvo su programa agrario, poco o nada de caso hizo de él, y de esta manera dio oportunidad a los campesinos de los lugares ocupados por su facción, para que llevaran a cabo hermosos movimientos de un alto sentimiento de libertad.

Materialmente deshecho el zapatismo, fué Carranza un enorme peligro en la actitud que principiaba a asumir la campiña, y así fué como llevó a la Constitución el artículo 27, que se ha hecho doblemente famoso por las interpretaciones diversas que le han dado los gobiernos de Washington y México, en sus efec-

tos... de retroactividad. Carranza buscó este artículo de la constitución un golpe moral al zapatismo, ya que es un calco, aunque mejor fundamentado, de los artículos 60 y 70 del plan de Ayala, que ya hemos citado.
Y tan seguramente estos eran los propósitos de Carranza, que en la práctica llevó a cabo un procedimiento tendente a aplastar el movimiento subversivo de los campesinos, y no a "arreglarlo", como pretende el artículo 27.

Hemos dicho arriba, que a pesar de las leyes y leyendas, en México no se ha exterminado ni el latifundismo ni el sistema de peonaje. ¡Es claro, pues no se ha realizado la revolución social!, pero los agentes de esa "revolución social mexicana", de los que ya hablamos, han propagado todo lo contrario.

Carranza tuvo razón al decir que el bolchevismo en Rusia parecía que había aprendido sus métodos: la dictadura del "proletariado" fué lo que Carranza llamó el período pre-constitucional; su partido dominaba y ejecutaba dictatorialmente. Si el partido comunista ruso gritó: "todo el poder a los soviets", el partido constitucionalista, proclamó: "todo el poder a los municipios"; pero éste poder municipal, como el poder de los soviets, tenía que ser dirigido por el partido de clase, y Carranza repitió que su partido era el partido de los obreros y campesinos más avanzados. Todos los aspectos de la revolución rusa se experimentaron en la revolución de 1915, en México: confiscación de fábricas y talleres, los sindicatos tuvieron el funcionamiento de las factorías en sus manos; confiscación de tierras, de casas particulares, de bancos, de ferrocarriles; el ejército — los batallones rojos; y hasta la policía especial con sus respectivos tribunales revolucionarios e inapelables, en fin todo el engranaje dictatorial, toda la herencia jacobina!

La enorme hipocresía creada por Carranza, y sobre todo la infinidad de generales (en 1916 había un general por cada 25 soldados) crearon un enorme problema al abandonarse la transición del período pre-constitucional, aumentando este problema con la actitud de los sindicatos que pedían más poder (todas sus demandas tenían que pasar por el visto bueno de la primera jefatura; pues de otra manera eran consideradas como contrarrevolucionarias; así se calificó la formidable huelga de 1916, por cuyos motivos fueron sentenciados a muerte varios trabajadores), y con el enorme y espontáneo movimiento campesino.

Destruídos los sindicatos obreros en 1916, prohibido el derecho de reunión, las fuerzas del partido en el poder se dirigieron a sofocar el movimiento campesino; pero los intentos para aplastar este movimiento, recurriendo al mismo procedimiento seguido con los sindicatos obreros, se vio que era impracticable, dado que las rebeliones campesinas se sucedían, y ya entonces con una tendencia anárquica; la influencia del indolente Ricardo Flores Magón era ya bien palpable. De esta manera fué como se siguió una distinta táctica; la táctica que ha dejado en pie el latifundismo y el sistema de peonaje.

Todas las haciendas confiscadas se entregaron a los generales — Carranza creyó matar dos pájaros de un tiro, y ya vimos qué equivocado se encontraba —, quienes las recibieron en calidad de administradores, y en esta forma se hizo creer a los campesinos que se había exterminado los terratenientes; pues los generales solamente eran los administradores de la revolución, y por lo tanto aquella medida era para garantizar el triunfo de la revolución, y por ende, el de los campesinos.

Pronto quedó al descubierto esta maniobra de Carranza: los generales pasaron a ser los propietarios efectivos de las haciendas, y al quedar terminado el período de transición, se legalizaron estas propiedades, volvió el sistema de peonaje, aunque no tan aborrecido; pero gozando los nuevos terratenientes de la misma impunidad que sus antecesores; y como la ley de latifundios señala el máximo de hectáreas para las haciendas, los nuevos propietarios procedieron a simular fraccionamientos, extendiendo escrituras simuladas a sus familiares y allegados.

Un general, el general Ángel Flores, (hoy candidato a la presidencia de la república), declaró públicamente, en clara ocasión: que nada tenía que temer del

más furibundo agrarismo, porque la hacienda que posee cerca de Culiacán, Sinaloa, la había fraccionado en infinidad de ranchos, dando los respectivos títulos de propiedad a sus numerosos familiares...

Del contenido de este volumen, da cuenta la introducción que le ha puesto el Grupo Editor:

"Tierra y Libertad es un drama sacado de la vida real. Este drama rebela en pocas páginas las causas que han producido el movimiento revolucionario que sacude a México desde hace catorce años y explica por qué está en pie ese catáclismo social".

Mencionemos aun el librito traducido a todos los idiomas, *On Liberty* (De la libertad), de John Stuart Mill, autor que, contrario a Herbert Spencer, el antisocialista inveterado, se acercaba hacia el fin de su vida más y más al socialismo.

Todas estas ideas de la mayor libertad, pero sin base social, han encontrado la expresión más lógica en los numerosos escritos de Auberon Herbert que publicó entre otros el periódico *The Free Life* (la vida libre) a partir de 1890; defendiendo el voluntarismo consecuente, los arreglos voluntarios libres. Su polémica contra el Estado es excelente, pero sus ideas carecen de toda palanca para poner un fin a la desigualdad social que mantiene a la mayor parte de los hombres en una situación de la cual no pueden salir más que por la acción, individual o colectiva, dirigida directamente contra el usurpador que les ha impuesto la inferioridad económica; desobedecer, rebelarse u obrar por sí mismo son las únicas salidas — no se puede ni transigir ni tratar con el usurpador.

Alstoy tuvo un precursor en Adin Baildes, autor de *Christian Non Resistance* (La no resistencia cristiana) de la cual apareció en Londres en 1848 una edición. Se menciona también de él *The Practical Christian* (El cristiano en la práctica), periódico americano (en Hopedale, Massachusetts, 1847) que no le vio.

Un escrito póstumo de un joven romano de gran talento, Mircea C. Rosetti, *Stapint nostri* (Nuestro amor) en el tomo II de sus escritos, 1882, es de una fuerza notable; se encuentran extractos traducidos en la *Société Nouvelle* de Bruselas en 1885, pero habría que citar aun muchos libros de valor; el suplemento literario de la *Revolte* y de los *Temps Nouveaux* se había dado por misión recoger los extractos libertarios de libros, etc. De autores reconocidos y con el apoyo de muchos camaradas ha sido reunida una gran cantidad de fragmentos anti-estatistas y de crítica social libertaria.

En suma, la libertad es la condición fundamental del arte y de la ciencia, ella sola es creadora; tiene pues su puesto en todas partes y como hace desaparecer la superación, pondrá también un fin al privilegio, al monopolio y a la dictadura, mantenidas por la fuerza, la rutina, la inercia, factores estatísticos.

Un sistema económico libertario fué creado por el universitario alemán doctor Eugene Dühring, que propone ese "principio de sociabilidad", como él lo llama, por ejemplo, en su *Curso de economía política y social*, escrito en 1872. Uno de sus adherentes publicó también un periodiquito llamado *Der Antiker*, a partir de 1887. F. Engels se tomó un gran trabajo, en una larga serie de artículos, para depurar la social-democracia alemana de las ideas de Dühring que habían penetrado en ella y que habían "asnochado" a ejemplo a Johann Most y a muchos socialistas de Berlín. El sistema de Dühring tiene una apariencia muy libertaria, pero el verdadero espíritu anarquista para aniquilar faltó a su autor.

La fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1864 fué la obra de algunos socialistas y republicanos avanzados que en esos años de vena dilatada de la vida pública en Europa realizaban una idea discutida amén y daban al movimiento social un nuevo cuadro hábilmente concebido en amplias

LA OBRA DE RICARDO FLORES MAGÓN

México y abril de 1924.

El malogrado camarada Ricardo Flores Magón, muerto a fuerza de torturas en la penitenciaría de Leavenworth (Estados Unidos de Norte América) ha dejado, una obra tan vasta como útil a la propaganda anarquista.

Militante destacado desde hace poco más o menos treinta años y de una cultura sobresaliente, escribió siempre, ya para el periódico, el folleto a la proclama revolucionaria, con esa claridad de pensamiento que caracteriza toda su obra, hablada y escrita. La recopilación que de sus escritos ha hecho el Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón", de México, posiblemente debe ser incompleta, no obstante hallarse reunida en varios volúmenes, a cual de ellos mejores; es posible que una buena parte de sus trabajos se hallen perdidos, como sucede generalmente con la obra libertaria de los revolucionarios.

Pasemos revista ligeramente a los volúmenes editados por el grupo de México, algunos de cuyos volúmenes se hallan en venta en esta administración.

SEMILLA LIBERTARIA

Dos tomos editados en 1923, de 175 y 215 páginas, respectivamente. Son una recopilación selecta de artículos del malogrado camarada publicados en "Regeneración", periódico semanal, que apareció casi regularmente en Los Angeles (California) desde 1911 hasta principios de 1918, y que, como recordarán muchos camaradas, sufrió feroces persecuciones, tanto el periódico como el grupo editor, a cuyo frente se hallaba Ricardo.

Esos artículos son, puede decirse, la verdadera historia del movimiento revolucionario-social de México. Impregnados de un amor sublime por la causa de los parias de los ranchos y feudos mejicanos, campea en ellos el espíritu de rebelión a la tremenda injusticia de los negreros y tiranos.

Obra constante, de varios años, y siempre la misma, siempre firme y enérgica, culta, y levantada.

SEMBRANDO IDEAS

Volumen de 97 páginas. Recopilación de los mejores cuentos del autor, publicados todos ellos en "Regeneración", con un sentido prólogo de William C. Owen recordando la muerte de Magón y una hermosa carta del malogrado camarada dirigida desde la cárcel, pocos meses antes de morir, a la compañera Irene Benton, de Minnesota.

Al leer esos cuentos parece que se respira el ambiente de los "ranchos" mejicanos y que sintiéramos erizado a nuestro redor el horrible monstruo de la esclavitud bajo cuyas garras gimen los desdichados parias de aquel suelo fertilísimo

RAYOS DE LUZ

Un tomo de 90 páginas, conteniendo verdaderos rayos de luz, lo más florido de la pluma del fecundo camarada martirizado por los esbirros norteamericanos. Son veinticuatro diálogos breves, con una noticia a manera de prólogo, referente a la muerte de Magón, escrita por el líder pacifista norteamericano Eugene V. Debs, quien culpa de esa muerte al Departamento de Justicia de Estados Unidos.

Estos diálogos son, en relación a su brevedad, verdaderas joyas de la literatura revolucionaria. No basta leerlos una vez; hay que leerlos siempre. Es que siempre son nuevos, actuales; siempre, más interesantes cada vez.

TIERRA Y LIBERTAD

Drama social en cuatro actos, en prosa. Ricardo Flores Magón abordó también esta rama de la literatura. Su número inquieto no le dió tregua a la pluma durante su agitada vida de revolucionario, y tenemos noticias de que esta obra la escribió mientras hula a través de México perseguido por los esbirros federales.

Del contenido de este volumen, da cuenta la introducción que le ha puesto el Grupo Editor:

"Tierra y Libertad es un drama sacado de la vida real. Este drama rebela en pocas páginas las causas que han producido el movimiento revolucionario que sacude a México desde hace catorce años y explica por qué está en pie ese catáclismo social".

Mencionemos aun el librito traducido a todos los idiomas, *On Liberty* (De la libertad), de John Stuart Mill, autor que, contrario a Herbert Spencer, el antisocialista inveterado, se acercaba hacia el fin de su vida más y más al socialismo.

Todas estas ideas de la mayor libertad, pero sin base social, han encontrado la expresión más lógica en los numerosos escritos de Auberon Herbert que publicó entre otros el periódico *The Free Life* (la vida libre) a partir de 1890; defendiendo el voluntarismo consecuente, los arreglos voluntarios libres. Su polémica contra el Estado es excelente, pero sus ideas carecen de toda palanca para poner un fin a la desigualdad social que mantiene a la mayor parte de los hombres en una situación de la cual no pueden salir más que por la acción, individual o colectiva, dirigida directamente contra el usurpador que les ha impuesto la inferioridad económica; desobedecer, rebelarse u obrar por sí mismo son las únicas salidas — no se puede ni transigir ni tratar con el usurpador.

Alstoy tuvo un precursor en Adin Baildes, autor de *Christian Non Resistance* (La no resistencia cristiana) de la cual apareció en Londres en 1848 una edición. Se menciona también de él *The Practical Christian* (El cristiano en la práctica), periódico americano (en Hopedale, Massachusetts, 1847) que no le vio.

Un escrito póstumo de un joven romano de gran talento, Mircea C. Rosetti, *Stapint nostri* (Nuestro amor) en el tomo II de sus escritos, 1882, es de una fuerza notable; se encuentran extractos traducidos en la *Société Nouvelle* de Bruselas en 1885, pero habría que citar aun muchos libros de valor; el suplemento literario de la *Revolte* y de los *Temps Nouveaux* se había dado por misión recoger los extractos libertarios de libros, etc. De autores reconocidos y con el apoyo de muchos camaradas ha sido reunida una gran cantidad de fragmentos anti-estatistas y de crítica social libertaria.

En suma, la libertad es la condición fundamental del arte y de la ciencia, ella sola es creadora; tiene pues su puesto en todas partes y como hace desaparecer la superación, pondrá también un fin al privilegio, al monopolio y a la dictadura, mantenidas por la fuerza, la rutina, la inercia, factores estatísticos.

Un sistema económico libertario fué creado por el universitario alemán doctor Eugene Dühring, que propone ese "principio de sociabilidad", como él lo llama, por ejemplo, en su *Curso de economía política y social*, escrito en 1872. Uno de sus adherentes publicó también un periodiquito llamado *Der Antiker*, a partir de 1887. F. Engels se tomó un gran trabajo, en una larga serie de artículos, para depurar la social-democracia alemana de las ideas de Dühring que habían penetrado en ella y que habían "asnochado" a ejemplo a Johann Most y a muchos socialistas de Berlín. El sistema de Dühring tiene una apariencia muy libertaria, pero el verdadero espíritu anarquista para aniquilar faltó a su autor.

La fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1864 fué la obra de algunos socialistas y republicanos avanzados que en esos años de vena dilatada de la vida pública en Europa realizaban una idea discutida amén y daban al movimiento social un nuevo cuadro hábilmente concebido en amplias

LA OBRA DE RICARDO FLORES MAGÓN

México y abril de 1924.

El malogrado camarada Ricardo Flores Magón, muerto a fuerza de torturas en la penitenciaría de Leavenworth (Estados Unidos de Norte América) ha dejado, una obra tan vasta como útil a la propaganda anarquista.

Militante destacado desde hace poco más o menos treinta años y de una cultura sobresaliente, escribió siempre, ya para el periódico, el folleto a la proclama revolucionaria, con esa claridad de pensamiento que caracteriza toda su obra, hablada y escrita. La recopilación que de sus escritos ha hecho el Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón", de México, posiblemente debe ser incompleta, no obstante hallarse reunida en varios volúmenes, a cual de ellos mejores; es posible que una buena parte de sus trabajos se hallen perdidos, como sucede generalmente con la obra libertaria de los revolucionarios.

Pasemos revista ligeramente a los volúmenes editados por el grupo de México, algunos de cuyos volúmenes se hallan en venta en esta administración.

SEMILLA LIBERTARIA

NOMENES REBELDES

Un tomo de 185 páginas nutridas de prosa rebelde, que a veces tiene incomparable sabor poético, tal es la vehemencia con que están concebidos los diversos motivos que integran la obra, que no es otra cosa que una recopilación de trabajos profundamente meditados, del magno poeta revolucionario Práxedes Guerrero y de Magón.

Como este es el volumen de los editados por el Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón", más conocido por nuestros lectores, nos abstenemos de bordar otras consideraciones.

Pero toda la obra del mártir de la cárcel de Seavenworth es digna de leerse, merece figurar en la biblioteca de todo centro social; porque es profundamente educativa; amena; y un factor eficaz de propaganda revolucionaria.

Mencionemos aun el librito traducido a todos los idiomas, *On Liberty* (De la libertad), de John Stuart Mill, autor que, contrario a Herbert Spencer, el antisocialista inveterado, se acercaba hacia el fin de su vida más y más al socialismo.

Todas estas ideas de la mayor libertad, pero sin base social, han encontrado la expresión más lógica en los numerosos escritos de Auberon Herbert que publicó entre otros el

proporciones. Fueron algunos franceses y suizos, un jerseyés bilingüe, Le Lubez, en Londres, y un republicano, Henri Le fort, en París. Supieron poner en juego las ambiciones de jóvenes traduccionistas ingleses y de obreros inteligentes, proudhonianos moderados y deseosos de hacer una política pública, no conspirativa, en París, o sea los ambientes Cremer, Odger, Howell y Tolain, Frilbourg, etc., y después de algún tiempo (1862-64) llegaron a su propósito. El nacionalismo, desencadenado por los gobernantes desde 1858, para hacer sancionar las guerras por los pueblos, Italianos y polacos insurrectos, todos en el juego de Napoleón III y de Mazzini — había creado una atmósfera cargada de aspiraciones y de esperanzas de reunión de los pueblos y de su liberación de todas las tiranías; en otros términos, los obreros, admirando a Garibaldi y a los polacos heroicos, iban a convertirse suavemente en la presa del bonapartismo libertador y a dar al imperio, fundado hasta entonces en la violencia, una verdadera base popular. Laforé y Le Lubez y sus camaradas en Londres, socialistas más o menos oscuros, pero enemigos mortales de Napoleón III, contrarrestaron eso y le arrancaron los obreros parisienses y los obreros mazzinianos ingleses. Sin eso, Tolain y sus amigos se habrían unido al imperio, como lo hizo más tarde Emile Ollivier, y la opinión obrera inglesa habría dado carta blanca a las empresas nacionalistas de Napoleón III.

Esto fin sinceramente republicano y antiguerrero de los iniciadores no fue alcanzado más que en parte. Lanzaron la palabra *internacional* ante la cual la mayoría de los obreros de tendencias nacionales se inclinaban, pero los nuevos movimientos tenían demasiada labor elemental que realizar para profundizar la idea internacional. Desde el instante de la fundación de la sociedad en la reunión del 28 de septiembre de 1864, por la cual fue elegido Karl Marx miembro del consejo central provisorio, este tomó en sus manos la organización, es decir, por su talento eminente, sus proyectos, su opinión triunfan en la redacción de los Estatutos generales, en el primer manifiesto, etc., y su voz predomina en lo sucesivo en el consejo y en los comités. No fue una usurpación en su comienzo, sino un hecho natural debido a la experiencia de Marx, pero era inevitable que usara de ese poder en el espíritu de sus ideas e inevitable también que abusara de él con el tiempo. Pero de inmediato propone y se forma para la Internacional ese cuadro verdaderamente amplio que le fue característico, que no impone ni uniformidad ni una organización especial, sino que reúne todos los esfuerzos obreros que reconocen y practican la solidaridad económica obrera y que tienden a la emancipación de los trabajadores por sus propias fuerzas. Muchos grupos obreros se inspiran en todas partes en esas ideas, el socialismo renace por doquier ayudado aménudo por los viejos de 1848 y antes, el cuadro se llena lentamente y de manera dispersa hasta 1867, mucho más de 1868 a 1870, para reducirse en 1871 y 72 y vaciarse en 1873 en lo que concierne a la fracción autoritaria, liquidada formalmente en 1876.

Pero el internacionalismo fue siempre el aspecto débil de la sociedad. No hubiera podido ser de otro modo, porque el sentimiento internacional no existía aún; ¿existe siquiera hoy, sesenta años después? En efecto, si existiese, ¿qué haría en un mundo parcelado en Estados? No podría menos o bien de agotarse en declaraciones platónicas o luchar por la abolición de los Estados y de las fronteras, sería la anarquía realizada políticamente. Esa no fue la doctrina de los socialistas con frecuencia rudimentarios todavía de la Internacional, como hoy igualmente muy pocos socialistas van al fondo de la cuestión. Entonces, necesariamente la Internacional no ha podido más que asistir como espectadora, lanzando algunos manifiestos, a la era de la guerra que volvía a comenzar entonces. Ni Marx ni Bakunin se habían elevado por encima del nivel nacionalista; algunos internacionalistas oscuros tomaron sus ideas en serio, pero fueron impotentes. El peligro ruso sacude a Marx como el peligro germánico sacude a Bakunin. Este último lucha contra el nacionalismo, mazziniano, como lo hizo igualmente Marx, Marx defendía la sociedad contra la invasión de los partidos políticos, de los republicanos franceses, de los radi-

cales ingleses, pero no podía y no quería defenderla contra los políticos obreros que se decían de sus propias ideas, de la conquista del poder político por la clase obrera, lo que condujo alternativamente a los partidos socialistas parlamentarios o a la dictadura de los jefes de esos partidos.

No es, pues, un florecimiento y un profundizamiento de la idea internacional lo que salió de la Internacional, sino una escisión de los partidos autoritarios y antiautoritarios, germánico y latino-eslavo, que correspondió verdaderamente demasiado a la escisión desgraciada de los pueblos de Europa en esta era de las guerras, para que ese paralelismo sea una pura coincidencia. La Internacional no estuvo nunca por encima de los acontecimientos, sino siempre a la cola, de 1864 a 1874, como la que se llamó "segunda Internacional", con número y recursos cien veces superiores a los de la verdadera Internacional, lo estuvo igualmente en 1914 y lo está aún en 1924.

La Internacional en los grandes países estuvo bajo la influencia de la lucha contra el Imperio en Francia, de la lucha por la reforma electoral en Inglaterra, del parlamentarismo socialdemócrata naciente en Alemania. No fue un foco de elaboración de las ideas socialistas más que en los pequeños países neutrales, sobre todo Suiza y Bélgica, y no fue revolucionaria más que allí donde la había precedido medio siglo de acción revolucionaria, en Italia, en España y en Rusia. Se difundió por los Estados Unidos, pero no tuvo ninguna influencia sobre la gran masa de los trabajadores americanos. Sus conferencias y congresos permanecen bastante incoloros de 1865 a 1867, se convierten en grandes reuniones en el cuadro de una solidaridad común no muy profunda, pero que respeta aun las apariencias, en 1868 (Bruselas) y en 1869 (Basilea) y degeneran en focos de controversias y de intrigas en 1871 y en 1872 (La Haya); después los congresos antiautoritarios, de 1872 (St. Imier) en 1877 (Verviers) vuelven a la buena tradición.

Es en Bélgica donde la Internacional encontró desde el principio las condiciones más favorables para su desenvolvimiento y fue allí impregnada de las ideas anarquistas propagadas ya en Bélgica, el primer país, según pienso, en que haya sido hecha una propaganda obrera anarquista, es decir, una propaganda fuera de los grupos, sociedades o comunidades restringidas, como los medios ya descritos hasta aquí. Había entonces en Bélgica una libertad pública relativa que no se extendía a los refugiados, es verdad, amenazados siempre con la expulsión. Pero toda teoría social fue discutida allí francamente, se ve de cerca a Proudhon que habitaba en Bruselas, se conocía a los socialistas de origen belga, Luis de Potte y Collins, colectivistas, y se hizo una evolución de las ideas que puso las ideas mutualistas en una base mucho más social sugerida por el colectivismo de que algunos, entre ellos August Comte mismo, en sus últimos años, habían hecho una teoría católica y conservadora, un giro revolucionario, tratando de penetrarlo de colectivismo y de proudhonismo. Todos, salvo algunos adeptos de las ideas metafísicas de Collins, fueron libres pensadores ardientes y el predominio del clericalismo produjo la inseparabilidad de la propaganda socialista y la del librepensamiento entre los obreros. Se comprendió también a maravilla lo ilusorio de la política llamada liberal y archiburguesa que iba mano a mano con la extrema explotación de los obreros dejados en la ignorancia y entregados al clericalismo por los patrones liberales; esa situación produjo un número de demócratas radicales, los Joltrand, Potvin, Louis Labarre, etc., pero una parte de la juventud fue directamente a la anarquía, aunque buscando en ella, es verdad, alguna etapa intermedia. Porque el anarquismo destructor era desconocido aun; hemos visto a Déjacque mismo proponer una tal etapa.

Vemos esa propaganda en la obra en la *Compte-rendu du meeting démocratique de Pâtignies* (Ardennes), Bruselas, 1864, 112 páginas en 12°. De una sociedad de librepensadores para el entierro civil, fundada en 1867, *Les Solidaires*, salió *Le Peuple, Association de la démocratie militante* en Bruselas, de quien *La Tribune du Peuple*, del 12 de mayo de 1861

a 1869 fué el órgano; esta organización, ya en plena propaganda, se hizo bien pronto el centro bruselés de la Internacional. El joven Cesar De Paep, muy pobre y al mismo tiempo obrero tipógrafo y estudiante de medicina, muy estudioso, que conocía a Proudhon y a De Potter personalmente y soñaba con la síntesis mutualista-colectivista, fué a las Ardenas, con Desiré Brismée y Eugène Stens; de Bruselas, a la primera reunión de ese género en el país (26 de diciembre de 1863); en su discurso muy escuchado dijo:

"El ideal de la democracia no puede ser más que la anarquía, no la anarquía en el sentido de desorden, de confusión, sino la anarquía en el sentido que indica la etimología de la palabra (de a privativo y arké, mando, autoridad, poder, gobierno). La anarquía, pues, es la ausencia de todo gobierno, de todo poder... La humanidad, que partió de la monarquía absoluta, la forma más primitiva y expresiva de gobierno; marcha, pasando por la monarquía constitucional, por el poder presidencial, por el gobierno de la Asamblea, por la legislación directa, hacia la anarquía, forma definitiva y la más elevada de la libertad... La anarquía no podrá establecerse más que después de una reorganización social que habrá suprimido la miseria y emancipado el proletariado por el crédito gratuito, la formación de las asociaciones obreras, la transformación de la propiedad, en una palabra, estableciendo el equilibrio entre las fuerzas económicas. Entonces, pero solo entonces, se disolverá el gobierno en el organismo industrial; porque, como lo dice Henri Saint Simon, aquel a quien Beranger llama profeta: "La especie humana ha sido destinada a pasar del régimen gubernamental o militar al régimen administrativo e industrial; después de haber hecho suficiente progreso en las ciencias y en las industrias..."

"Y puesto que es así, puesto que la humanidad no puede pasarse aun sin el gobierno, ¿cuál es, pues, aquél que debe elegir y cuál debe adoptar en último análisis? El que sea menos contrario al principio democrático, la legislación directa, pero procurando dar a la minoría la más vasta garantía posible y poner por encima del derecho de la mayoría, como absolutamente inviolables, los derechos siguientes en toda su plenitud, sin la menor restricción:

Derecho de cada uno a proponer y enmendar la ley sin intermediario de representantes, libertad de conciencia, libertad de enseñanza, libertad de la prensa, libertad de asociación, derecho de reunión.

Queremos, la legislación directa del pueblo por el pueblo, garantías para la minoría, la descentralización política y administrativa, la independencia comunal, la federación de las comunas.

Pero el fin ulterior que prosigue la revolución es el aniquilamiento de todo poder, es — después de una transformación de la sociedad — la eliminación de la política por la economía social, de la organización gubernamental por la organización industrial, es la anarquía. Anarquía, sueño de los amantes de la libertad integral, ídolo de los verdaderos revolucionarios. Largo tiempo los hombres se han calamitado y ultrajado indignamente, en su ceguera, se han confundido con el desorden y el caos, mientras que al contrario, el gobierno, tu enemigo jurado, no es más que un resultado de un desorden social, del caos económico, como tu serás el resultado del orden, de la armonía, del equilibrio, de la justicia. Pero ya los profetas se han entrevistado bajo el velo que cubre el porvenir y se han proclamado el ideal supremo de la revolución, la soberana de los tiempos futuros, la tierra prometida de la humanidad, regenerada!... ¿Qué llegue tu reino, anarquía!"

"Pero ¿cómo llegar a cegar todas las fuentes del parasitismo? Por lo que se refiere a la religión, la cuestión no es tan difícil en los países en que existe la libertad de conciencia. Allí, para destruir el parasitismo religioso, no hay más que pasarse sin la religión... En Bélgica, nuestras sociedades de racionalistas, los *Affranchis*, los *Solidaires*, los *Libres Pensadores*, están en tren de des cristianizar al pueblo... Para la destrucción de la autoridad gubernamental y del parasitismo burocrático y presupuestivo... En espera de eso (de la destrucción de los gobiernos actuales)... es pre-

ciso esforzarse por quitar al Estado lo más posible de sus atribuciones, desperar el espíritu comunal y el espíritu de asociación, usar de la iniciativa individual, rehusar los subsidios y las decoraciones del gobierno, pasarse sin él, hacer el vacío a su alrededor, y después dejarlo consumirse en su aislamiento. Esta política frente al poder se resume en una palabra: la abstención."

En el dominio de la propiedad, De Paep, discutiendo la "transmisión de la tierra a la Comuna" observó: "... notemos también que en esa lenta transformación que suponemos aquí, la fase (transitoria en economía social) del rescate de las rentas por la comuna, corresponde bastante naturalmente a la fase (transitoria en política del gobierno directo con la descentralización y la autonomía comunal; mientras que la fase definitiva de la abolición de toda renta de la tierra y de toda propiedad, tiene por pendiente, en el dominio político, la fase definitiva de la abolición integral de todo gobierno, la fase de plena anarquía."

Habla aún del crédito gratuito, por la creación de una Banca del pueblo, pero también de "la asociación de los productores para la producción en común, sin capitalistas y sin patrones"... "esperando que las diversas asociaciones industriales se entiendan para el cambio de los productos respectivos"... propone "la asociación de los consumidores para la compra en gran escala de los objetos de consumo sin intermediario de los comerciantes"... pero una forma de asociación más perfecta sería la de los trabajadores de todas las profesiones "que cambien recíprocamente y sin intermediarios el fruto de su trabajo sobre la base del equilibrio de los productos" (el valor se compone de los "gastos de materia prima y de instrumental y de los gastos del consumo de los productores").

Una idea original es la de la unión estrecha de los trabajadores industriales y agrícolas que serían los mismos hombres componentes de una asociación común y que cambiarían de género de trabajo según las necesidades prácticas. "Por esta alternativa entre la industria y la agricultura, entre el taller y el campo, sería dada en fin una cierta satisfacción a esa necesidad de variedad inherente en el hombre, a esa pasión del *mariposa*, es llama en el falansterio la *mariposa*, porque a causa de ella el hombre es impulsado de tanto en tanto a cambiar de ocupación, como la mariposa a revolotear de flor en flor". Existiría también, por la emulación, la pasión *cabalista* (la de hacer mejor que el vecino) y por el entremetimiento mutuo el ardor del trabajo llamado el *compuesto*. "Así se encontraría realizado, al menos en una cierta medida, el trabajo por el atractivo, el sueño de Charles Fourier, uno de esos locos sublimes que cantó Beranger..."

He aquí el estado del socialismo belga un año antes de la fundación de la Internacional. Se basaba en lo que había de mejor en los grandes socialistas del pasado y recibió y dio muchos impulsos nuevos en los ocho o nueve años que se sucedieron de 1864 a 1873. La juventud de las escuelas contribuyó con un número de jóvenes que se consagraron en lo sucesivo a la causa socialista, anarquista y del librepensamiento. Hubo el famoso congreso de los estudiantes de Francia y Bélgica en Lieja, en septiembre de 1865 y otros dos congresos en Bruselas, septiembre de 1867 y en Gante, diciembre de 1868, que fueron claramente socialistas, revolucionarios y ateos. — Hubo el congreso de Bruselas de la Internacional (septiembre de 1869) y la memorable discusión entre proudhonianos y colectivistas en 1869 que contribuyó a elaborar claramente la idea colectivista, anarquista, que fué la de Bakunin y de los juristas. *La Rive Gauche* (1865-66) de A. Rogear, *La Liberté* (1867, p. 73) de un grupo en que sobresalía Victor Arnould, *L'Internationale* (1869, p. 73) de De Paep, Eugène Hins y otros colectivistas, el *Mirabeau* (1867 a 1880) de los obreros del valle Vesdre (Verviers), Pierre Fluse y otros, *La Science populaire* (Verviers, 1872 a 1873) de Victor Daye y otros periódicos a los cuales se pueden añadir algunas publicaciones holandesas parecidas...

Ant. Netlaen
(Continúa)